



# La sonrisa helada

Un caso de Simón Prisco

---

J.M.  
Hernández  
Ripoll

*Calligraf*  
Novela negra

**La sonrisa helada.**  
**Un caso de Simón Prisco**  
J.M. Hernández Ripoll

Edicions Cal·lígraf  
Figueres, 2016

Primera edició — diciembre 2016

**Publicación**

Edicions Cal·lígraf, SL  
Monturiol, 2, 1er 1a  
17600 Figueres  
Tel. (0034) 615 261 764  
www.edicionscalligraf.com  
info@edicionscalligraf.com

**Corrección**

Eva Muñoz

**Diseño de la colección  
y maquetación**

Jaime Vicente

**Imagen de cubierta**

Quim Arqués

**Impresión**

DC PLUS, Serveis Editorials

**ISBN**

978-84-946064-4-1

**Depósito legal**

GI-1695-2016

**© del texto**

J.M. Hernández Ripoll

**© de esta edición**

Edicions Cal·lígraf, SL

*Queda rigurosamente prohibida,  
sin la autorización por escrito  
de los titulares del copyright,  
la reproducción parcial o total  
de esta obra por cualquier medio  
o procedimiento, incluyendo  
la reprografía y el tratamiento  
informático. Las infracciones  
de estos derechos están  
sometidas a las sanciones  
establecidas en las leyes.*

*A Roser, por todo, para siempre...*

—Arriba, campeón, que las previsiones dicen que hoy no nevará y apenas soplará el viento.

Mika abrió el plumón como quien abre una lata y se sentó en el borde de la cama con la mirada extraviada en el despertar de un día sin nombre. El reloj de la mesita se obstinaba en prolongar la noche negándose a cruzar la frontera de las seis de la mañana y la bombilla reflectora que colgaba del techo de la habitación deslumbraba sus adormecidas pupilas en el vano intento de sustituir el sol desaparecido una semana atrás. Un bostezo felino le quitó el sopor de los tuétanos concentrándolo en dos lagrimones que el esquiador borró de la faz de su cara con el reverso de la mano. Llevaba siete días encerrado en el hostel esperando a que cambiara el tiempo con la impaciencia de un recluso. Una condena climática que le convertía en una fiera enjaulada, que daba vueltas y más vueltas en una espiral de abatimiento. Mika corrió las cortinas y subió la persiana con el contagioso deseo

de querer ver un nuevo cielo. Innsbruck seguía adormecida a la luz de las farolas ambarinas que chispeaban entre el paisaje difuminado por la neblina. Vio como la vida se escapaba de las casas confundándose con el humo de las chimeneas y como los semáforos seguían impertérritos ofreciendo su baile de colores para un tráfico inexistente. Por alguna razón oculta en lo más profundo de su forma de ser, a Mika le encantaba ver amanecer en invierno, ser testigo presencial del misterio de un nuevo madrugada, del lento y atolondrado brotar de la actividad. Pero todavía era demasiado pronto para todo, excepto para someterse a la amniótica placidez de una ducha de agua hirviendo.

En el comedor no había nadie más que los miembros del equipo. Un grupo de trece personas, compuesto por técnicos y deportistas, que no se dejaba influenciar por los vanos presagios de una cifra que los más supersticiosos culpaban de la mala suerte atmosférica. Desayunaban tras las barreras de silencio que levanta el hambre, sentados alrededor de una mesa alargada y atiborrada de jarras de zumos y leche, de fuentes de cereales, frutas y bollería variada que la convertían en un volcán nutricional en erupción. Una camarera rubia de delantal blanco, con unas legañas tan grandes que le impedían pronunciar palabra, le llenó el tazón de humeante café. Mika siempre tenía que aguantar las mofas por ser el último en bajar. Soportaba con temple los ocurrentes comentarios de sus compañeros con la seguridad de quien se considera el mejor. No le intimidaban las sornas disfrazadas

de guasa que afloraban a su alrededor cuando estaban bajo techo. La proeza de sus logros era la coraza con la que Mika se protegía de las pullas que le lanzaban como dardos envenenados de envidia. Para sosegar los ánimos, sólo tenía que recordarlos entre cucharada y cucharada de copos de avena: campeón del mundo en tres ocasiones, oro olímpico en los juegos de Nagano y record nacional de distancia al ser el único saltador finlandés en superar los 235 metros. Ya podían decir misa. Él era el más ingrátido, el que sabía volar mejor. Y, sobre ello, no cabían bromas.

Mika realizó el precalentamiento bajo la atenta mirada de su preparador. El hombre le controlaba los movimientos llevando la cuenta y le indicaba los cambios de postura con una colección de monosílabos que los años de trabajo en común convirtieron en un código personal e intransferible. El bueno de Jari siempre había sido un punto de apoyo en su carrera deportiva, en especial cuando en un desgraciado aterrizaje sobre nieve noruega se fracturó tibia y peroné. Les unía el respeto mutuo y una ambición compartida que iban renovando a cada nuevo reto que se imponían. Y Mika desentumecía la musculatura, haciendo ejercicios en el hielo que alfombraba las lomas vecinas al viejo estadio de Bergisel, con el ojo puesto en la tradicional prueba que cada primero de año se celebra en las pistas alemanas de Garmisch-Partenkirchen.

—Vigila, que el viento sopla de lado. Poco, pero sopla. Haz un primer intento, a ver cómo te encuentras. Y ten cuidado al tocar suelo, que hay mucha nieve en polvo.

Mika repetía en voz baja los consejos regalados por el viejo Jari como si fueran una oración. Subirse al trampolín era algo parecido a subir a los cielos. Un ritual de arrojo y concentración que le transformaba en una máquina capaz de surcar los aires igual que un pájaro, de luchar contra los elementos y burlar la gravedad. Se caló las gafas y se ajustó el casco. Respiraba hondo con la mirada clavada en un punto imaginario de la pista. Un ligero salto a la derecha y ya estaba encarrilado. Los esquíes paralelos, las rodillas ligeramente abiertas y dobladas, los brazos pegados a los costados... Mika iba cogiendo velocidad a medida que bajaba por la rampa de entrenamiento, esperando el momento del despegue, el decisivo instante de perder contacto, buscar el equilibrio perfecto, la mejor posición para cortar el aire y volar.

Se sintió ligero y cómodo cruzando el cielo de Innsbruck. Sin hacer apenas ningún esfuerzo, Mika planeó alrededor de cien metros como un proyectil humano de diseño aerodinámico hasta que tomó tierra haciendo una leve genuflexión para amortiguar el impacto. Estaba satisfecho. Se encontraba en plena forma. Deslizándose por la pista, con los esquíes en cuña para frenar la inercia del vuelo, Mika sonreía con la insolencia del que se cree un fuera de serie. Fue entonces cuando tuvo la sensación de pasar por encima de unos ojos azules que brillaban semienterrados rompiendo la armonía cromática del blanco manto de la nieve. El sobresalto le tiró al suelo haciéndole rodar unos metros como una croqueta rueda por la harina. Se levantó de un brinco, con la fantasmal mirada clavada en la

retina de los espejismos y con el propósito de ubicarla en el oscuro universo de las irrealidades. Se deshizo de los esquíes con dos movimientos espontáneos y corrió siguiendo las marcas de su caída hacia el punto donde creyó cruzarse con aquellos ojos congelados. Aturdido por la impresión, Mika no podía afirmar si aquella visión era real o si se trataba simplemente de una ilusión óptica, de un ardid de la naturaleza para asustarlo. De rodillas, utilizando las manos de palas, levantaba la nieve al tuntún en un intento desesperado por encontrarse de nuevo con aquella sobrecogedora mirada.

No tardó en descubrirla. Unos ojos grandes, abiertos como platos, relucían entre la nieve como dos tímpanos azules, de un azul casi transparente. Un escalofrío de terror le cruzó la espalda de la nuca a los riñones. Pero no se dejó vencer. Con el corazón en un puño, Mika se apresuró a retirar la nieve que sepultaba aquellos ojos gélidos que centelleaban cual diamantes, sacando poco a poco a la luz el rostro de una muchacha que sonreía con la más helada de las sonrisas.